

Cuba: Deportes, ¿violencia autorizada?

Por Dixie Edith

dixie@enet.cu

La Habana, abril (Especial de SEMIac).- Los espectáculos y prácticas deportivas pueden convertirse en catalizadores de múltiples formas de violencia, aseveran protagonistas, especialistas en el tema y personas que desde las gradas observan con detenimiento el devenir de cualquier competencia o partido.

Eso se pudo corroborar en una reciente edición de los juegos deportivos infantiles de la capital cubana, en todas sus modalidades.

“¡Acáballo, arrásalo!”, gritaba desde las gradas un papá a su pequeño hijo José Daniel Ceballos, de 11 años, quien participaba junto a un compañerito en uno de los topes de judo. “¡No lo perdones!”, le advertía, por su parte, el entrenador.

Y es que la violencia es también parte del proceso de construcción de lo que es ser hombre en nuestras sociedades, marcadas por una fuerte tradición machista.

En ese camino “se convierte en requisito indispensable para competir, para ser fuertes y activos, para detentar un poder; en fin, para dominar no solo a las mujeres, sino también a otros hombres”, aseveran los investigadores Julio César González Pagés y Daniel Alejandro Fernández González en el artículo “Masculinidad y violencia: aproximaciones desde el universo del deporte”.

Ernesto Pérez Zambrano, también estudioso del tema de las masculinidades e integrante de la Red Iberoamericana que las investiga, coincide con esta apreciación y considera que los factores que provocan o condicionan la violencia dentro del deporte son múltiples, o pueden entenderse de distinta manera, según el contexto y la coyuntura.

“Pero es determinante la exacerbación de la competitividad por motivos que van más allá del deporte mismo, como la conducta agresiva de algunos hombres educados para dominar a otros, las apuestas, los regionalismos, las etnias, el género; y la exigencia social sobre algunos deportistas, obligados a comportarse como ‘gladiadores’ del circo romano”, explicó a SEMIac.

Realizador del documental “¿Grandes Ligas?”, acerca de la incorporación de las mujeres cubanas como jugadoras de béisbol, Pérez Zambrano cree que “en el deporte se reproduce lo que acontece en otros espacios de la sociedad”, incluida una tendencia creciente hacia los comportamientos violentos, por lo que hay que seguirlos bien de cerca.

Quizás lo más problemático del asunto es que ese espíritu agresivo, presente en los topes competitivos, es fruto de una educación que se perpetúa de padres a hijos, a partir de patrones y estereotipos de comportamiento ya naturalizados y de difícil transformación.

“El mundo de los deportistas es duro, es de malas palabras, de mano fuerte y hasta de algún pescozón (golpe), si hace falta, porque así es como se forman los buenos de verdad. Si se anda con paños tibios no se llega a ser campeón”, reconoció tranquilamente a SEMlac Juan Carlos Ceballos, padre del pequeño José Daniel.

Para Enmanuel George López, descendiente de una familia de deportistas de alto rendimiento y estudiante de Historia en la Universidad de La Habana, el asunto radica en que “confundimos los deseos, el empeño y las ganas de vencer con el uso de la violencia. Creemos que entre las posibles llaves para el triunfo están las de agredir e infringir temor con acciones nada justificadas”, explicó a este servicio de información.

Según este joven, integrante de la Red Iberoamericana de Masculinidades y que ha asumido la violencia en el deporte como su línea de investigación de pregrado, “la rivalidad o la presión que se puede transmitir del público también pueden resultar detonantes de actos violentos”.

Ellas lo tienen más duro

Tanto Pérez Zambrano como George López consideran que los niveles de violencia dentro del deporte no están condicionados por el tipo de manifestación que se practica.

“Tiene más que ver con la función social que se le asigna al deporte y la manera en que, a través de este, se canalizan cuestiones que van más allá del terreno deportivo. Soy el realizador de un documental donde se refleja cómo se ha excluido a la mitad de la población de un país, las mujeres, de la práctica del considerado ‘deporte nacional’, lo que me parece un claro ejemplo de violencia de género en el deporte”, reflexiona Pérez Zambrano.

Las historias de no pocas deportistas cubanas confirman la mirada del documentalista.

La judoca Dayma Beltrán Guisado y la pesista Tamara Hernández Conde compartieron experiencias comunes, durante la realización de las entrevistas para el libro "En primera Persona", realizado por SEMlac con el auspicio de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) e impreso bajo el sello editorial Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex).

Ambas, con resultados excelentes en sus respectivos deportes, comenzaron sus incursiones en ese terreno a escondidas de sus familias. En un caso, porque “el judo era cosa de hombres”; en otro, porque en casa querían que estudiara alguna manifestación artística.

Lejos del tatami y de las pesas, la jardinera Nairobi Labrada, del equipo femenino de beisbol de La Habana, confesó a la periodista Helen Hernández Hormilla que, cuando empezó a jugar, tuvo que dejar a su pareja, “porque según él, se me iba a deformar el cuerpo e iba a llegar a la casa con arañazos y moretones”.

Según el recién publicado volumen de estadísticas Mujeres en Tránsito, de la economista Teresa Lara, las atletas cubanas han ganado 23,5 por ciento del total de medallas obtenidas por la isla en competencias deportivas y 18,3 por ciento de las preseas doradas. Ellas han destacado, sobre todo, en voleibol, atletismo y judo.

Sin embargo, historias como las de Beltrán, Hernández y Labrada confirman que, pese a éxitos como esos, el deporte se ha mantenido, mayoritariamente, como un espacio construido, practicado, disfrutado y regulado mayoritariamente por los hombres. En pocas palabras, a la hora de posicionarse en los podios deportivos, ellas lo tienen más duro.

“Cuando vemos que tratan de excluir o frenar a las mujeres del ámbito deportivo, estamos presenciando violencia de género. Los comentarios machistas y los prejuicios sociales que perpetúan el deporte como actividad netamente masculina; la falsa creencia de la debilidad biológica de la mujer y la posible pérdida de su femineidad, son muestras de las barreras que atraviesa la mujer al practicarlo”, asevera el investigador George López.

En la citada entrevista, Beltrán se preguntaba, por ejemplo, “qué pasa con las mujeres en el INDER (Instituto Nacional de Deporte y Recreación), porque a pesar de ser más medallistas que los hombres en algunos deportes, no había vicepresidentas mujeres en esa institución”.

El rechazo social y los estereotipos que pesan sobre muchas de las mujeres que optan por hacer del deporte una profesión les pone dobles obstáculos en el camino hacia el éxito en comparación con sus congéneres varones y confirma la tesis de Pérez Zambrano de que tales trabas constituyen otra forma de violencia.

Tanto este realizador como George López coinciden en que los medios de comunicación, en lugar de ayudar, muchas veces complican el panorama. “Demostrar cómo nuestras deportistas no pierdan su femineidad es a veces el centro de muchos reportes informativos”, dice.

“Las denominan ‘cubanitas’ en las redacciones deportivas, y en los organismos del deporte les crean uniformes que resaltan y afirman todo un culto al cuerpo y a la belleza”, cuestiona George.

A Zambrano, por su parte, le preocupa que desde la comunicación se refuercen “ciertos rasgos del carácter patriarcal y agresivo de la competencia deportiva. Por otra parte, la poca o nula utilización de los medios para el trabajo de prevención de la violencia durante estos eventos deja margen a las actitudes agresivas de aficionados, fanáticos y deportistas”, subraya.

“Hay que seguir de cerca la violencia en estos escenarios. Creo que ha ido en aumento y encuentra un caldo de cultivo propicio mientras no se potencien

modelos educativos no sexistas y se promueva el debate y la acción constante para atajarla a tiempo”, advirtió.

(fin/semlac/11/de/mrc/zo).